

¡Y qué bien se comprende tal embriaguez ante tanta tentación! Lo que puede seducir, atraer, halagar, se halla en estos alcázares, desde el guante blanco hasta la peluca de color, desde la camisilla íntima hasta el aparatoso manto de armiño. La pura Verdad desnuda, al salir de un pozo, podría entrar por la puerta de la derecha, y al cabo de algunas horas se marcharía por la de la izquierda convertida en la divina Mentira vestida. No hay mujer, no hay ninguna mujer, que resista á esta abundancia, á este lujo, á este derroche, que parece obra diabólica.

Mi amigo, que no quiere fijarse en el perpetuo drama que se representa en estos palacios de las tentaciones, me dice:

—Marchémonos.

Y nos marchamos. Y yo pienso, pero sin decirlo, por miedo á parecer frívolo; yo pienso sinceramente, gravemente, que tal vez de todo cuanto se llama progreso lo único admirable de verdad, lo único que significa una perfección completa, es el arte supremo de los que han sabido crear las industrias para embellecer á la mujer, y pienso también que lo que mejor caracteriza á una gran capital son sus palacios de tentaciones.



En los grandes teatros.

LAS noches del Colón, las noches de los grandes estrenos, de las grandes funciones de gala, de los grandes *débuts*... Como todo el mundo, yo había, naturalmente, oído hablar de todo eso. Sabía por los Huret, por los Baudin, por los Clemenceau, que comparadas con ellas las noches de la Opera parisiense resultan menos luminosas y menos estrelladas. Sabía que sus millares de espectadores representan, en los días de lleno, la masa más considerable de níveas pecheras y de brazos marmóreos que se ve en el mundo. Sabía que en el inmenso hemicíclo de la sala se superponen, desde la platea hasta la cazuela, una serie de *corbeilles* de flores femeninas más bellas que un ensue-

ño de poeta árabe. Sabía, en fin, su prestigio, su riqueza y su esplendor. Pero todo esto, quizás por la misma solemnidad de su renombre, parecíame de lejos hecho más para sorprender que para seducir, y pensando en ello imaginábame algo como un vano alarde de magnificencia argentina destinado á *épater* al universo.

¿No había yo leído en algún libro de viajes que las flores de las fantásticas *corbeilles* eran tan inmóviles, tan perfectas y tan iguales que más bien parecían de seda y de cera que de la arcilla cantada por el poeta?... ¿No me habían dicho que durante los entreactos, por miedo de perder la gracia de las actitudes, las hadas del formidable cuadro no se permitían ni una palabra, ni una sorpresa, ni un saludo?

Tales rumores eran los que, al tomar asiento en mi palco, me asaltaban, llenándome de inquietudes.

*

El primer acto de *Parsifal* había comenzado.

La sala, como es de rigor, estaba casi a

obscuras. En el inmenso escenario brillaban los mosaicos de oro y de esmalte de una basílica bizantina. Una reja áurea perdíase en el azul de un fondo místico, marcando el límite de los países de ensueño. Un rey de alba vestidura mantenía entre sus manos exangües la copa de la redención. Y yo pensaba que, sin duda, aquel aparato debía impresionar profundamente á las damas graves é inmóviles de que había oído hablar, cuando, de pronto, una charla ó, mejor dicho, un gorjeo que llegaba á mis oídos desde el palco vecino sorprendióme sobremasera.

—Yo las azules—murmuraba una voz.

—Yo las rojas—respondía otra.

¿Creéis que era de los esmaltes del templo de lo que se trataba? ¡Ay!... Era de las pelucas de color. Esto podrá ser muy doloroso para los wagnerianos, esto podrá dar á los hombres serios una nueva prueba de la frivolidad femenina. Pero confieso que para mí fué como un consuelo, como un descanso, como un alivio. La idea de las muñecas impecables é impasibles, de las muñecas argentinas hechas para enseñarse y no para vivir ni para reír, desvanecíase en

un instante. Entonces, ya sin miedo, presté una atención indiscreta á lo que en otro palco se murmuraba, y me enteré, por la charla irreverente de unas cuantas muchachas vestidas como modelos de modisto, de que el *Fausto* anunciado habría sido más grato á casi todas las porteñas que el *Parsifal* dado.

*

Pero fué el entreacto, el primero de los entreactos, lo que para mí constituyó el verdadero espectáculo de la noche. ¡Qué luz!... ¡Qué esplendor!... ¡Qué lujo!... Todos los esmaltes y todos los oros de las decoraciones palidecían ante aquel derroche de matices vivos. Y no era un derroche de joyas, no; no era una riqueza fácil y de gusto dudoso lo que constituía tal iluminación. Menos perderías creo haber visto en la formidable sala que en cualquier teatro de Montmartre. Eran los esmaltes frescos de las mejillas, eran los alabastros de las manos, eran los zafiros y las turquesas de las pupilas, eran los mármoles de las gargantas, y eran, además, los áureos reflejos de las cabelleras rubias

y las sombrías madejas de las cabelleras negras, y eran, en fin, las gasas, los tules, los encajes, lo que hacía el cuadro mil veces más grandioso, y más gracioso, y más rico también que todos los que hasta entonces había yo visto.

Sí; ni en la Opera, de París; ni en el Real, de Madrid; ni en el Covent Garden, de Londres; ni en ninguna parte, nunca, pero nunca, tan bello, tan inmenso florecimiento había animado ante mis ojos las clásicas *corbeilles* de un teatro. Todo era impecable, y al mismo tiempo todo era amable. ¿Dónde estaba la inmovilidad, la impassibilidad temida? A decir lo cierto, ni siquiera una seriedad excesiva notábase. Como en el jardín de otro ensueño wagneriano, las flores se animaban, las flores vivían, las flores sonreían. Un grande y discreto y dulce soplo hacía ondular los tallos de mil matices sobre el fondo rosa de los cortinajes y el oro grave de las molduras. Era la vida, era la noble vida de todo un universo femenino.

Y por una especie de milagro que honra á los argentinos, hubiérase dicho que los hombres se habían puesto de acuerdo para desaparecer, poco á poco, hasta no dejar en

CAPITULO I. LOS INDIOS
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

los palcos sino los ramilletes de damas color de abril, de damas flores, en el gran panorama que habría hecho larga y místicamente palpar el alma del caballero Lohengrin.

*

Y, sin embargo, yo me pregunto si más tarde, cuando de nuevo en mi rincón parisiense evoque con algo de nostalgia las noches argentinas que ahora estoy viviendo con verdadero entusiasmo, será la del Colón, con sus esplendores maravillosos, con su fasto implecable, con su brillo casi inverosímil, la que más gentilmente me hablará de Buenos Aires. Porque, aun siendo menos vasto y menos rico, el cuadro que vi la noche anterior al *début* de María Guerrero y las sensaciones que allí experimenté durante los minutos, demasiado cortos, de los entreactos me quedan en el recuerdo entre lo más grato de mi vida.

Que mis buenos amigos Fernando Díaz de Mendoza y Eduardo Marquina me perdonen, en efecto; pero de los dos espectáculos odeónicos, el más sublime no es el que se representaba en las tablas, á pesar del

genio de María Guerrero, á pesar del encanto de Carmen Moragas, á pesar de los pesares, en fin, sino el que se daba en la sala, en los palcos, entre las luces que sólo se encienden cuando las del escenario se apagan. ¡Ah! ¡Y cómo comprendo ahora esta costumbre de representar á obscuras los dramas, venida, según dicen, de Escandinavia, y que hasta ayer me había parecido, en España y en Francia, un poquito absurda! Pudiendo ver esos rostros deliciosos, esas sonrisas seductoras, esas frentes olímpicas, esos talles finos y felinos; pudiendo seguir en esas pupilas luminosas las impresiones que causan las peripecias de una tragedia en un alma primaveral; pudiendo embriagarnos con la exquisita gracia dispersa de tantas gargantas adolescentes, es posible que ni aun la fuerza de Esquilo bastara para obligarnos á no apartar los ojos de la escena. «Tú, que distraes al santo en sus fervores—dice á la blanca Pazmela un asceta—; tú, la que siendo pura haces pecar, maldita seas.» Y yo, á las niñas morenas que brillaban cual iconos de esmalte en la penumbra de un palco, á dos pasos de mi butaca, las digo: «Sed benditas, hermanas,

aunque me hayáis hecho cometer el pecado de no enterarme de lo que son los *Pecados del Rey*; sed benditas, aunque me hayáis impedido ver con la devoción de otros días á la sublime y gorjeante María la Candada; sed benditas, aunque hayáis perturbado mi pobre ánima, algo loca; sed benditas, porque me dejáis, para enriquecer el museo de mis visiones, algunas divinas imágenes inmarcesibles.»

—Y lo extraordinario es que estos seres, que podrían contentarse con ser ídolos, se dignan tener espíritu é ingenio y ser curiosas de todo lo artístico, lo intelectual, de todo lo bello...

Esto ya no lo digo yo. ¿Cómo, sin ser mago, habría de adivinarlo? Esto me lo dice un hombre eminente que debe saberlo. Y este hombre agrega:

—Entre nosotros, las mujeres son superiores á los caballeros por razones de educación...

—Como en el resto del mundo—voy á contestarle; pero, temiendo una discusión que me distraiga de mis devociones femeninas, callo y contemplo.

*

¡Oh, cuadro encantador!... No se ve una figura que parezca tener más de veinte años; no se distingue una sola boca crispada; no se advierte una arruga, por prematura que sea. Yo me sirvo, algo insolentemente, de unos gemelos prismáticos que me ha prestado un vecino y que me permiten examinar los más nimios detalles. Gracias á ellos descubro, al fin, en el fondo de los palcos á las damas maduras, que deben ser las mamás. ¡Con cuánto pudor se esconden las infelices detrás de sus lindas hijas adolescentes! Y pienso en el buen tirano que en Madrid y en París podría, inspirándose en esta costumbre, dar una ley ordenando que en todos los teatros parisienses y madrileños se hiciera lo mismo...

Mi amigo me dice:

—¡Si hubiera usted visto esto hace algún tiempo, cuando sólo nuestra aristocracia ocupaba los palcos!... Entonces sí que podía decirse que no había nada tan distinguido en el mundo.

—Pero ¿y ahora?—le pregunto lleno de estupefacción.

—Ahora— me contesta— todos nuestros grandes teatros comienzan á ser invadidos

por las nuevas capas sociales, que ni en gustos, ni en modales, ni en belleza pueden compararse con las antiguas. En el Colón, sobre todo, nótase este cambio. Hace todavía cinco ó seis años, en las noches de abono, era aquello una verdadera reunión de familia. ¡Ah! Entonces sí hubiera usted comparado cada palco con un estuche de joyas de alto precio... No había sino ojos negros, caras pálidas, cuerpos altos, gargantas admirables, cabelleras de azabache... ¡Y qué recato en todas partes!... ¡Qué silencio tan absoluto durante los actos!... ¡Qué majestad en los movimientos!... Véase que aquellas eran niñas nacidas en casas patricias y criadas en un medio ambiente de lujo, de orgullo y de virtud... Hoy, ya usted ve...

—Yo no veo sino grupos exquisitos de muchachas enloquecedoras...

—Eso es... enloquecedoras; está bien dicho... ¡Y sabe usted cuáles son las que enloquecen con sus miradas llenas de languidez exótica, con sus labios demasiado rojos, con sus cabelleras rubias, con sus talles frágiles y nerviosos?... Pues las intrusas, sí, las que no tienen raíces en nuestro país, las hijas

de los emigrantes enriquecidos, las que en sus casas oyen todavía hablar italiano, ó alemán, ó ruso; las que están acostumbradas á no darle importancia sino al lujo, á la riqueza, al oro... Se visten bien, sin duda... Son ricas, son coquetas, van á París todos los años... Pero no tienen la «manera», no, ni tienen tampoco la belleza criolla... Vea usted este suelto de un diario de anoche: «¡Cuánta gente rica! Es la expresión sincera que arrancaba la sala del Colón al espectador del año. ¡Cuántos desconocidos! El abono ha sido tan sólo una tasación. El gremio de la gente adinerada ha usado de él como un talón para entrar; pero no le ha podido servir para presentar á sus poseedores á la consideración de aquel conglomerado ilustre, descendiente de nuestros patricios, las gentes de abolengo, los apellidos históricos que llenó la sala del teatro de Cano.» Ya usted ve... Y esto, que á los forasteros no les choca, nosotros lo vemos con melancolía. Aquí, esta noche de estreno, yo no podría citarle á usted los nombres de la mitad de las familias que ocupan los palcos. A cada instante mis ojos descubren una fisonomía nueva. «¿Serán extranjeras de paso?», me

pregunto. Pero no lo son. Son las enriquecidas de la víspera, las que acaban de llegar de Mendoza, de Tucumán, de Santa Fe, de cualquier ciudad de provincia en la que sus padres han hecho fortuna...

—¿Qué importa, si son bonitas y elegantes?—le digo.

—¡Claro!—murmura mi amigo—. A usted no le importa... A nosotros, los argentinos, sí...

—Pero si eso pasa en todas partes.

—Sí... Sólo que en otras ciudades la promiscuidad termina en el teatro, en el paseo, en la playa de moda. Una vez en sus casas, las diferentes clases sociales recobran su rango. Entre nosotros, donde el dinero representa la más poderosa palanca, el palco del Colón y del Odeón son el primer paso de las *parvenues* para mezclarse con nuestra aristocracia... Dentro de un año, todas las que hoy no conocen á nadie traerán en sus automóviles á las niñas de las familias más ilustres...

*

Para poner fin á la charla me callo. ¿Qué importancia puede tener, en efecto, que al-

gunas de estas mujeres sean simples *parvenues*, si saben serlo con belleza, con gracia, con elegancia?... Renan dijo que la belleza es una virtud. Yo querría decir á mi amigo que también es una aristocracia. Mas en el temor de provocar nuevas amargas reflexiones de su parte me callo. Y en silencio, sibarita, me embriago con el perfume de voluptuosidad adolescente que llena la sala.